

La vida de los muertos

Sandra Becerril



De otro tipo

Novela

Sandra Becerril

La vida de los muertos / Sandra Becerril

—México: Editorial De Otro Tipo, 2022

186 p. 21.5 cm

Serie: Ficción De otro tipo

Género: Novela

© Sandra Becerril, *La vida de los muertos*

© Primera impresión: febrero de 2022

D. R. 2022 Editorial De Otro Tipo S. A. de C. V.

1.ª privada de Mariano Abasolo núm. 10

Col. Tepepan. Alcaldía Xochimilco. C. P. 16020. Ciudad de México.

56750240 / www.deotrotipo.mx

Editores: Walter Jay y Lorena Rodríguez

Formación: José Luis Cruz García

Portada: Mauricio Gómez Morín

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-99017-6-9

Impreso en México / Printed in Mexico

Contenido

Hoy, sentado aquí frente a ti, decidí confesarme...	15
I. Un lunes temprano...	19
II. Sebastián no extrañaría la casa de la abuela.	29
III. La luz, que no era de su día...	41
IV. Sebastián volteó y quedó frente a un ser...	47
V. Todo volvió a la normalidad.	61
VI. El nombre retumbó en su corazón...	69
VII. Enzo andaba por ahí, ligero...	77
VIII. Agni dejó que su padre se fuera...	99
IX. Sebastián, en su iglesia, no se concentra...	113
X. Bien, Uriel, es la hora.	119
XI. En el pueblo, toda la gente, ya sacudida del aire...	131
XII. La noche en que Agni se asomó por la ventana...	139
XIII. Agni estaba sola en su confinamiento...	155
XIV. Todo estaba normal, no había sangre...	163
XV. El gato aguardaba tenso con las uñas clavadas...	165
XVI. Llegó una nueva muerta al panteón...	173
Cerca de una ciudad, en una banca...	183

La vida de los muertos perdura en la memoria de los vivos.

Marco Tulio Cicerón

Para mi hermoso Ender, el amor de todas mis vidas.

A Henry, porque lo que hemos sido, lo seremos siempre.

Hoy, sentado aquí frente a ti, he decidido confesarme en una tarde. No más. Un suspiro. Así fuimos, un soplo, un retrato apagado en el tiempo, que se burla. El presente se vuelve ayer tan rápido, ayeres que van formando el nerviosismo y ansiedad que me corroe, una piedra que me machaca el alma. Muy disfrutable. Tal vez siempre he sido un maniaco con fe o con tan poca fe que terminé creyendo. Así era ella. Pura verdad. Qué desesperación su sinceridad.

Quise hallar un misterio en sus ojos cuando me contó su tortura, algo oculto en las palabras que me dedicó; creer a los demás todo lo que de ella se decía. Ella, la prohibida, loca, bruja, milenaria, hermosa esposa del Diablo. Nunca he sido muy afortunado en el amor. Creí en él alguna vez, pero parece que él jamás quiso creer en mí.

No la conocía. Nunca la había visto, me eligió desde antes de que naciera.

¿Quieres la verdad o una mentira? Puedo recitar con franqueza, dejar que las lenguas hablen y se regocijen con esta confesión. Puedo engañar y contar una historia con tintes fantásticos, entrelazados con las frases del libro que leía yo en aquella época. Esa novela que me buscó y me sacudió poco menos que ella. Creo que los libros te cazan cuando tienen algo que decirte. Si los ojeas cuando no es tiempo, te aburren, no te dejan nada y se van.

La gente creará que esto que lees no es cierto. Mientras salgo, paseo, fumo, sueño, escribo, asesino... Qué actitudes más evidentes de pura desolación. Mi libro, llorará tinta de realidad en medio de noches de sándalo y suspiros colados entre sus labios y mis letras.

He llegado a un punto en donde mis recuerdos viven, duelen y respiran a través de mi piel. Esta piel tan suya. Observo sus ojos: mi reflejo en ella. Mientras la lluvia canta y la envidia ocupa el lugar de la sangre en aquel que no supo cómo, enredo mis dedos en sus pestañas melancólicas. Me mira, me mira y no puedo dejarla. Por una mirada suya, mil desvelos. Por sus desvelos, todas mis noches. Esa lengua prohibida que canta el augurio de una fantasía, danzando a la luz de la vela encendida por dos cuerpos que en la distancia se tocan, se comen, prometen madrugadas llenas de sueños qué contar... y no llegan. Sólo prometen, buscan, atraen, juegan...

Los sueños se quedan esperando colgados de los párpados de las mañanas.

Mueren con dolor. Se suicidan a las doce campanadas cuando el abismo no llora por sus muertos, sino por los sueños que estos dejaron de soñar. No son fantasmas los que rodean a nuestro pasado, son las pesadillas buscando entrar, vivir supliendo nuestras miradas ansiosas. Todo el mundo lo sabe, menos nosotros que hacemos que no sabemos, pero lo comprendemos mejor cada día. Cada día sin ella, contigo. Es la parte oscura que ella conoce mejor que nadie.

Miro su rostro a media luz, sus ojos desenmascarados suspenden el tiempo, dejan huecos en los días. Esta prisa terca de quitar hojas en el calendario de lo cierto. La boca de la que tanto presume ya no es suya. Habla desde mí.

Las tontas palabras no bastan, la fiebre dice su nombre y me quedo callado.

Qué ganas de gritarles que lo sabemos. Qué ganas de que se enteren que estas letras no son para quien creen que son.

Si grita conmigo, lo hago.

Anhelo besarla con fe. Despertar a su lado con fe, con la esperanza de que todo esté bien, tener esa certeza del amor, que el amor crea en mí por una vez en mi vida.

Que me dé una oportunidad con ella, en su vida. Enamorarme perdida, locamente. Que me ame tanto como la gente no sabe ya amar. Que en una nocturnidad exacerbada nuestros cuerpos se balanceen al compás de un fuego separado de fronteras. Que se quede en mis páginas y en las letras veladas de quejidos a distancia. Que nuestra historia se quede en un libro, aunque pocos crean que fue real.

Es mi mejor personaje, que se quede en mis páginas y en las letras veladas de quejidos a distancia... déjame guardado en la voz que es suya y nadie sabe...

Con el sabor de tu sangre quiero saber a qué huelen los sueños que se escapan de tu respiración cuando ella simula dormir abrazándome. Atraparlos, en un frasco. En formol. Tengo ganas de probarla con los labios, con la lengua, con los pies, con los ojos, agotarla entera. No es que merezcas morir, es que tengo mucha sed desde que me mataron. Ahora morirás, pero tu vida es lo que menos importará.

Sebastián

I

Un lunes temprano, Sebastián salió de su casa y se perdió en su mundo de sombras y muerte. En la calle por donde caminaba, nadie notó sus heridas y que aún sangraba. La gente corría apresurada; los estudiantes se empujaban al salir de las escuelas, gritando, apestando a sudor; circulaban automóviles con música alta de todo tipo, una sinfonía revuelta en el aire contaminado; los vendedores ambulantes chillaban con sus mercancías que los demás pisaban sin ver. Sol, mucho sol. Había vagabundos dormidos en el piso; ropavejeros, con sus carritos repletos, gritando; perros perdidos a punto de ser atropellados; perros con collar al lado de sus amos; dos mujeres peleándose a gritos; pero sobre todo, hacía un calor que entraba por los pies, quemándolos; pasando por las piernas, llegaba al estómago y seguía su recorrido hasta salir por la boca y en cada gota de sudor que los rostros derramaban en sus agitados pasos. La ropa se pegaba a los cuerpos; predominaba el mal olor, había comida fermentada en los puestos, coladeras y pisos humeantes, por la temperatura a cuarenta grados.

Hacia el final de la avenida, el sol y sus reflejos lastimaban los ojos de los transeúntes que buscaban ansiosos la sombra de los serios edificios, como si caminaran abandonados en un desierto. El calor causó que, del escaparate de un cine muy comercial, se despegaran de la mar-

quesina todos los pósteres de las próximas películas, cubriendo la calle de actores de cara al asfalto, besándolo.

Los jóvenes corrieron para robarse los carteles. La policía llegó con sus inútiles y ridículos silbatitos. “Hoy son pósteres, mañana serán bancos”, era el lema de uno más gordo que trató con toda su fe de alcanzar a los ladronzuelos. Lo alcanzó más rápido un infarto que lo dejó tirado en el pavimento con un montón de gente mirándolo, como si estuvieran en el zoológico. El doctor llegó demasiado tarde y la ambulancia jamás, pues el tráfico era espantoso. El cadáver comenzó a descomponerse de inmediato por el calor.

Una niña que pasaba por ahí, abrazando su osito de peluche, sólo saltó al muerto y siguió su camino mientras lamía una paleta de caramelo medio deshecha. Sus rizos café quedaron delineados al final de la calle.

En medio de toda aquella locura cotidiana, caminaba Sebastián como si nada, cargando en su mochila un par de libros, una pistola y un abrigo, viendo todo aquello que los ojos terrenales no pueden ver, o ya olvidaron cómo hacerlo. Escuchando los horribles quejidos de las voces de la gente, queriendo gritarles que se callen, golpear a todas esas siluetas que andan con tanta prisa y desollarlos hasta que sean sólo un esqueleto. “¡Silencio! ¡Silencio!”.

La gente no se percató que Sebastián usaba un pantalón térmico debajo del pantalón de vestir, doble calceta, botas de montaña, camiseta, playera de manga larga y de manga corta debajo de un suéter azul noche que asomaba sus mangas de la chamarra que cubría el resto de su cuerpo. Un gorro negro tejido y orejeras completaban el atuendo. Tuvo que quitarse los guantes porque la lana con la que estaban hechos le picó la piel hasta sacarle puntos rojos; guardó sus manos apretadas en los bolsillos de los pantalones para no sufrir congelamiento. El frío

provocó que su tez blanca luciera fantasmal, su nariz estaba enrojecida y sus ojos tenían ojeras azules y tensas.

Al llegar a la estación del metro, miró con curiosidad las líneas, los policías, la entrada y compró un boleto. Se escuchó el inconfundible silbido del tren que ya venía. Las puertas se abrieron, la gente se apretujaba para entrar primero, hasta que la masa humana con olor a sudor llenó el vagón como lata de sardinas.

La mano de Sebastián se aferró a un poste para no caer, aunque igual lo detendrían los otros cuerpos. Se enganchó del tubo más alto que casi nadie alcanzaba y en la palma de su mano sintió cómo su sudor se mezclaba con el de otros que se habían sujetado de ahí antes... el líquido pegoso y maloliente jugaba entre sus dedos. Sebastián prefirió soltar el tubo cuando juró que ese sudor espeso se le colaba por las uñas hasta llegar a sus venas y todo su cuerpo apestaría a ciudad. Se limpió la mano en la chamarra. Una niña sentada frente a él le pegó en las espinillas con las botas, queriendo llamar su atención, mascaba un chicle con la boca abierta y hacía sonidos al tronarlo con la lengua que reptaba afuera de su boca como animal. Sebastián miró hacia otro lado, no soportaba la visión de esas sombras andando en la tierra como si nada, esos fantasmas llamados humanos. Un vendedor de discos gritó detrás de él, pero el sonido de su voz se confundió con el de la música clásica, Sebastián sabía que era de Bach, pero el vendedor la promocionaba como si fuera de Da Vinci. "Da Vinci no era músico, estúpido". No obstante, Sebastián dudó porque lo que parecía ser la voz del vendedor, era tan segura que podía ser que... Un bebé lloró a gritos de orangután y su mamá le limpió los mocos con la playera rayada de tanta mugre.

El metro se detuvo un momento, los chiflidos no se hicieron esperar. Por allá una voz chilló que un hombre la manoseó y se armó una guerra. La gente intentaba moverse, pero no había espacio.

El metro avanzó de nuevo. La visión le falló a Sebastián, cuya cabeza sobresalía de las demás; esperaba que eso acabara pronto y llegar a la última estación en un segundo, que el tren lo devorara como insecto para llevarlo lo más lejos posible. Miraba inquieto de un lado a otro, una anciana pensó que debía tratarse de un ladrón y se sentó lo más alejada de él, fingiendo leer un libro de superación personal.

Sebastián notó que ella no pasaba las páginas, no leía en realidad, sólo lo miraba esperando que la atacara en cualquier momento, para eso se había preparado toda su vida: tantas cerraduras, tanta precaución al caminar por las calles oscuras, al subir al metro, el gas que guardaba en su bolso en medio de la bufanda que tejía para su perro, las clases de defensa personal, el miedo que expiraba por su piel, todo para ese día. El corazón le latía con rapidez, el momento que esperó siempre, había llegado: enfrentarse al ladrón que sale en las noticias, al asesino del periódico. Le vibraban las manos nervudas. Sebastián apartó la mirada y giró su cabeza concentrado en un letrero en la pared; ella se decepcionó un poco. Sebastián observó un anuncio de una obra de teatro *La locura es contagiosa*, él no dudó de aquella afirmación.

Si no es él —pensó la anciana— quizá sea otro más alto, más fuerte, que me destrozará con un movimiento —hizo chasquidos con la boca para llamar la atención de Sebastián—. Aquí estoy, vamos, estoy preparada para enfrentarte. No volteó y ella se bajó decepcionada en la siguiente estación.

Una pareja se besaba al final del vagón. Él le metía la mano debajo de la playera, a través de la tela alcanzaban a verse los dedos paseando por la piel. A ella parecía gustarle. Sebastián alcanzó a ver las dos siluetas como humo, se le antojaba ser él, aunque ella no le gustara y no la deseara, nada más por el placer de hacerlo en un vagón. Se despidieron con fervor; ella lo jaló, no quería dejarlo ir, se pasó la estación de él y la siguiente salió corriendo. Esto hizo pensar a Sebastián que

sería interesante despedirse de alguien, de hecho, lo pensaba casi diario. Que ese alguien saliera corriendo para detenerlo, gritándole que lo amaba, que no podría estar si él se iba. Por supuesto, él se iría de cualquier forma, pero tal vez un último beso, un abrazo con el que él consolaría a esa persona que sufriría sin remedio por su ausencia. Sin embargo, los adioses sólo existen y valen cuando es importante para aquel que se queda, esperando, llorándole al otro que no volverá.

Sebastián se imaginó que podría ser una mujer más o menos de su edad, que hubiera estado enamorada de él desde niños. Que no concebiría su vida sin él, las noches serían eternas y los días la castigarían con sus horas corriendo lento en el reloj, burlándose de su dolor que cada día la haría esperar el regreso de aquel que ya está muy lejos de su corazón y de su casa. La escena se completaría con un poema que él enviaría tan pronto como se instalara en otro lugar: con palabras que abrirían por siempre la herida para jamás ser olvidado por aquella que en cada oportunidad que tuviera de pedir un deseo, lo pidiera a él, a Sebastián, de regreso en su vida. En el camino, él repasaría con cariño la fotografía que ella le regaló. La vería recorriendo con la punta de los dedos el rostro que miraba deseoso la cámara como si lo viera a él.

Pronto la fotografía se desgastaría y el rostro sería borrado de la mente del viajero. Por más que tratara de recordarlo en soledad, lo primero en desaparecer sería la forma de los labios, la nariz, el color de los ojos y el tono de su voz. Quizá perduraría más el olor de aquel perfume que ella robaba de vez en cuando a su mamá para escaparse y verlo, añorar con toda el alma que él no la dejara nunca. Así, cada que él pasara al lado de una mujer que usara el mismo perfume, voltearía a ver si es ella, aunque ya la hubiese olvidado.

Sí, cuando nos vamos, todos deseamos que alguien nos recuerde y, si no es mucho pedir, que nos añore un tiempo de su vida. Marcar los días de otra persona, qué tentación. Incluso, que cuando llegue alguien más a suplantar nuestro lugar en su cama, jamás el sentimiento sea tan grande como lo que nosotros llegamos a provocar. Que ningún sucesor tenga la capacidad que tuvieron nuestros ojos de conquistar.

Su pensamiento fantaseaba con todo lo que no sucedió y en algún momento se confundió con sus recuerdos, como si sus anhelos y la realidad se hubieran fusionado en un sueño. El pensamiento y las quimeras se parecían tanto en esos momentos.

Sebastián sabía muy bien que esa esencia es lo único que queda de los muertos cuando ya se han ido. El olor que imprimieron en vida. Sólo eso, algo tan efímero, porque los recuerdos se los llevan para ser olvidados poco a poco.

Sebastián evocó a un espíritu que alguna vez le había contado que no se iba para que sus recuerdos perduraran porque cuando se fuera, quién más sabría que una tarde se había escapado para ir a un café y esperar la salida de sus hijos sólo para abrazarlos y preguntar qué tal su día. Nadie más entendería la importancia de una gélida noche en verano cuando soñó con el primer amor de su vida: regresaba a ella pidiendo perdón por no haberla reconocido en el primer momento, luego iban de viaje, a un mar agitado que los devoraba dándoles alas.

Se despertó con el escalofrío en la espalda, seguro de que podía volar si se levantaba y por ese mismo miedo no lo hizo, hasta que salió el sol. A nadie le había contado ese sueño, así que, si desaparecía, todos esos recuerdos se volvían inútiles, inexistentes, no tenían razón de haber sido. Un alto porcentaje de su tiempo vivido que no hubiese sido registrado en fotografías o en la memoria de los demás, se esfumaría. Y nadie quiere eso.

Por esa razón seguía rondando en la calle, atrapando memorias que no sabía si eran ciertas o sólo se las había inventado. No distinguía si sus sueños de pequeño los había vivido o sólo mientras dormía. En alguna ocasión, una mujer tímida, con tacto frío, uñas largas color vino, cabello alborotado y una mirada de amor y curiosidad, se asomó a su cama. Él sabía que no era un espectro común, dudó que fuera un fantasma porque el rostro se veía demasiado real. La mujer se recostó a su lado, empujándolo un poco, él era muy pequeño, tendría dos años, así que no se quejó. Ella lo abrazó por la espalda y susurró una canción en su oído hasta que se quedó dormido de nuevo.

*Llegué oliendo el aroma que despiden los recuerdos,
sensibilizando los restos que quedaban de mí.*

*No olvides los brazos
de esta mujer que ahora va a tu encuentro,
el murmullo que era mi voz a la hora de dormir,
nuestros cuerpos apretados, abrazados hasta quedar dormidos,
soñando que siempre estaremos juntos,
sin miedos, sin ansiedad,
sin futuros, ni pasados.*

*Juntos, abrazados en el sueño,
el único momento en que éramos un presente.*

*Hoy ya no soy,
pero tú sigues siendo y voy en tu búsqueda.
Que no me haya olvidado, que no me olvide jamás,
que me deje seguirlo a cada paso que dé,
a donde vaya en sueños o despierto,
pero que me deje ser en él,
permanecer.*

*Sí, soy yo. Aquí estoy.
Perdóname. No debí haber muerto.
No sabía que moría, pero sucedió.
Si de algo sirve, aquí estoy para no volverme a ir.
Te amo, Sebastián, te amo, hijo.
Quizá estar vivo sea perseguir siempre instantes que mueren.*

La mujer cantaba deseando meterlo de nuevo en su vientre para protegerlo una eternidad.

Hay cosas que no debemos olvidar jamás. Algunos dicen que para avanzar hay que olvidar, dejar atrás el pasado, no dar pasos en reversa. Olvidar, en eso se ocupa la mayoría, cerrar la mente como si no hubiese sucedido lo que ya pasó.

A veces nuestra mente juega con los recuerdos y los convierte en una tortura, les agrega o les quita detalles: quizá esa persona no fue tan mala como creemos; quizá ese día fue mejor de lo que recordamos... o esa situación que nos esforzamos por desterrar de nuestro sistema, lo único que ha hecho es dejarnos una huella más en nuestra vida. Si miráramos atrás más seguido, tal vez veríamos esas huellas como un camino que hemos trazado, huellas de nuestra vida, con alguien más, solos, huellas profundas o apenas marcadas. Quién sabe. Pero a nadie le gusta mirar atrás, no vaya a ser que nos quedemos enganchados en el pasado.

Hay cosas que no debemos olvidar jamás, como el futuro que está sobre nosotros cada día. Hay quienes aman el pasado y temen al futuro porque no saben construir el presente; se dicen siempre que podrán hacer las cosas mañana, pero están jodidos porque el mañana siempre termina por convertirse en hoy, en este preciso instante.

Esa noche, Sebastián casi moría de frío, sentía que los pies se le desprendían, congelados sin más. No obstante, cuando sintió ese cuerpo

junto a él, un calor lo invadió comenzando por el pecho y recorrió su cuerpo hasta llegar a los pies, un calor parecido al de sábanas calientes tendidas al sol. Sebastián quería quedarse así siempre pero luego saltó a un sueño en donde caminaba en un jardín, descalzo, sintiendo el pasto cosquilleando en sus plantas. El cielo era limpio con algunas nubes estriadas. Al llegar a la reja para salir a la calle, una mano lo detuvo, al voltear, vio unos ojos verdes observándolo con fijeza. Una niña de su edad, sonriendo, llena de cicatrices, comenzó a quemarse; su delgada piel se deshacía ante el hambre del fuego, frente a los asustados ojos de Sebastián. La niña aullaba su nombre “Sebastián, ¡sálvame!”. Y desapareció con rapidez.

Se despertó agitado. A nadie contó ninguno de los sueños de esa noche, se quedaron en él. Mientras caminaba, preocupado sin razón, pensó que el día que muriera nadie sabría lo de ambas mujeres. Ni ese ni otros sueños o fantasías.

La mente jamás deja de pensar, salta de una situación a otra como conejo asustado y a veces se sorprende de las cosas que está pensando. Como él, al pensar en su amor deseado, ese que sufriría por él hasta buscarlo por todo el mundo sin encontrarlo, yendo de un país a otro preguntando por él, dando sus señas y enseñando su fotografía. Sebastián, aunque lo supiera, no regresaría; su orgullo se ensancharía de gusto de saber que su amor no ha sido olvidado.

La mujer prendada de él pasaría por muchas penas: la robarían en un sitio, terminaría en el hospital, otro se enamoraría de ella y la haría su mujer, a su primer hijo le pondría el nombre de Sebastián, a quien siempre amaría en secreto. Años después, creería verlo en la calle, lo seguiría y se perdería en un mar de locura e incoherencias por él. Entonces Sebastián quizá volvería a salvarla, como un dios. Ella lo vería en sus últimos momentos, tomaría la mano que la abandonó cuando eran tan jóvenes, pronunciaría su nombre una vez más y

moriría feliz de sentir que no era una fantasía, que en verdad había vuelto por ella. Sabría que no estaba loca. Su corazón comprendería que ese amor, por más ilógico que fuera para el mundo, existía.

Por lo general, lo más descabellado para el mundo, es lo más racional para los enamorados.

La enamorada de Sebastián saldría al menos a despedirlo con un beso apasionado en los labios. Esas despedidas eternas en donde dices “adiós” cinco veces, pero tus pies no se mueven, no te quieres ir, esperas con ansia su voz en tu oído: “Quédate, no te vayas”.

Nadie salió a despedir a Sebastián y a estas alturas, es probable que quien lo conoció no lo recuerde. La más cruel de las melancolías es añorar lo que jamás pasó. El orgullo le dolió un poco, pero en su interior pensó que era mejor así, su recuerdo estaba limpio de lágrimas y abierto para que algún día alguien se apropiara de él.

Llegó a la última estación. Sebastián esquivaba a las personas porque, a pesar de que desde sus ojos no se veían como tales, a lo largo de sus veinte años de vida aprendió que esas sombras quiméricas son en realidad entes vivos, con sangre en sus cuerpos, corazones latiendo, cerebros y voces estruendosas que tanto molestaban sus oídos. Iba a un lado y a otro con tal de no chocar con ellos, como si al rozarlos le contagiaban la enfermedad de la indiferencia.

Alguna vez leyó la descripción de “fantasma” y creyó con fervor que se referían a los vivos, a esos seres desagradables que sólo piensan en comer, beber, fumar y besar. Cuanto más se pueda, mejor. Ya después fue comprendiendo que los vivos no eran fantasmas, sino entes que respiraban y caminaban en la tierra como si les perteneciera. Se alegró de no haberlos podido ver desde que nació.